

## Catolicismo y sociedad en Córdoba 1969-1973<sup>1</sup>

## Catholicism and Society in Córdoba 1969-1973

Sara Alejandra Moyano

**RESUMEN:** El presente artículo aborda los posicionamientos de la jerarquía de la Iglesia católica de Córdoba (Argentina) el lugar del catolicismo en la sociedad entre 1969 y 1973. A través de los discursos buscamos aproximarnos al estudio de los modos en que la Iglesia intentó sostener una primacía de la institución y reforzar el catolicismo en las prácticas cotidianas. También se abordan algunas tensiones entre la jerarquía y otros sectores del clero que abogaban por un mayor compromiso social de la Iglesia. Para ello, el análisis incluye elementos que son centrales para la comprensión del objeto, entre ellos, el impacto del proceso de renovación posterior al Concilio Vaticano II y la radicalización política.

- 
- 1 El presente artículo se enmarca en un proyecto de investigación actualmente en curso (para el que contamos con financiamiento de una Beca doctoral otorgada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), en el que analizamos las relaciones entre familia e Iglesia en la década del sesenta. Por su carácter de célula básica de la sociedad, la familia estuvo entre las principales preocupaciones eclesíásticas y estatales, de modo que a través del análisis de la relación Iglesia-familia es posible ver la interrelación de la institución con la sociedad. El objetivo principal que nos planteamos en dicha investigación es conocer las representaciones de la jerarquía católica, del clero renovador y de los católicos practicantes sobre la familia. Asimismo, buscamos conocer los posicionamientos de la Iglesia en torno a las políticas estatales que involucraban a la familia y analizar en qué medida la institución se constituyó en un actor que buscaba mantener las tradiciones y el orden social. El aspecto puntual en el que se centra este artículo es la presencia de la Iglesia en la sociedad, así como los discursos sobre la presencia del catolicismo en la vida cotidiana. Hacia finales de los sesenta, la relación Iglesia-sociedad estuvo atravesada por la dictadura militar, la radicalización política y, fundamentalmente, por el surgimiento de un sector renovador dentro del clero.

PALABRAS CLAVE: Iglesia, catolicismo, sociedad.

ABSTRACT: This article deals with the positioning of the hierarchy of the Catholic Church in Córdoba (Argentina) about the place of Catholicism in society between 1969 and 1973. Through the discourses we approach the study of the ways in which the Church tried to maintain the primacy of the institution and strengthen Catholicism in daily practices. Tensions between the hierarchy and other sectors of the clergy, who advocated greater social commitment of the Church, are also addressed. To do this, the analysis includes elements that are central to the understanding of the topic, including the impact of the process of renewal after Vatican II and the political radicalization.

KEY WORDS: Church, Catholicism, society.

## Introducción

El Cordobazo de 1969 marcó un quiebre en la vida política argentina. Los eventos del 29 de mayo constituyeron, en efecto, el inicio de la decadencia del gobierno de facto autodenominado “Revolución Argentina” y como afirma Mónica Gordillo, marcaron el paso de una cultura de resistencia a otra de confrontación (Gordillo, 2003: 332). Pero la masiva insurrección popular también adquirió otros significados: expresaba el descontento popular hacia un régimen autoritario que había intentado suprimir la enérgica participación política y desmovilizar a la sociedad. El gobierno militar, en el poder desde 1966, había generado oposiciones y resistencias, que favorecieron el proceso de radicalización política y se tradujeron en cuestionamientos hacia su legitimidad.

La Iglesia no permaneció al margen de estas tensiones. Por el contrario, la misma institución se había visto afectada por los procesos de cambio que caracterizaron a la década del ‘60. El Concilio Vaticano II, convocado por Juan XXIII y finalizado durante el papado de Paulo VI, marcó uno de los cambios más profundos en la historia de la Iglesia: un proceso de *aggiornamento* al mundo moderno, que puso en cuestión muchas de las posiciones que hasta este momento habían sido intocables y posibilitó un nuevo diálogo con las ideas de la modernidad. Este proceso de renovación católica tuvo una influencia importante sobre América Latina, que se expresó en la realización de una Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín y en la difusión del Mensaje de los 18 obispos para el Tercer Mundo. A su vez, en Argentina, los cambios que af-

ectaron a la Iglesia se recibieron en un contexto que les imprimió rasgos particulares: el proceso de radicalización de un sector del clero (y de una gran parte de los católicos), que se sumaba a las luchas del movimiento obrero y se comprometía con los pobres. Por otra parte, la jerarquía de la Iglesia asumía una actitud conservadora y opuesta a los posicionamientos del clero renovador: la renovación conciliar se recibió en el marco de tensiones y diferencias ya existentes al interior del catolicismo. En este sentido, la adopción de los cambios por parte de la jerarquía católica cordobesa no fue algo exento de conflictos, ya que se intentaba definir una interpretación particular del Concilio, que permitiera sostener elementos tradicionales del catolicismo, como marco y límite a los cambios promovidos desde el Vaticano.

A partir del proceso de renovación iniciado a mediados de la década del sesenta podemos ver que la Iglesia no fue una institución monolítica, sino que, por el contrario, constituyó un espacio de conflictos. Bajo la influencia de las ideas del Concilio un importante sector del clero propuso una visión diferente y crítica sobre la institución y su relación con los problemas sociales, mientras que la jerarquía se apartó (hasta cierto punto) de lo promulgado por el Vaticano. Para comprender esto se hace necesario profundizar el análisis de los diferentes actores eclesíásticos: el estudio del sector dominante dentro de la Iglesia busca realizar un aporte en este sentido.

En las páginas que siguen nos proponemos analizar los posicionamientos de la jerarquía eclesíástica cordobesa sobre la sociedad y su relación con el catolicismo entre 1969 y 1973. Pretendemos así aproximarnos al estudio de los modos en que la Iglesia intentó sostener una primacía de la institución y reforzar el catolicismo en las prácticas cotidianas. La elección del objeto de estudio está vinculada a la preocupación por comprender la división que se genera dentro del catolicismo en la décadas del sesenta y setenta, entre un sector renovador –que enfatizaba en el compromiso por los oprimidos y la lucha contra la injusticia– y un sector conservador, que si bien reconocía los problemas sociales, no aceptaba esta radicalización de los católicos.

Desde nuestra perspectiva, la relación entre la jerarquía eclesíástica y los sectores renovadores del clero, como también las acciones y discursos eclesíásticos se explican a partir del interés en reforzar el catolicismo dentro de la sociedad. La Iglesia buscó regular las prácticas y conductas en el ámbito privado de modo tal que estas respondieran a lo establecido y aceptado por la doctrina católica, lo que se vincula con el objetivo de reforzar el papel de la institución como actor social. En el marco de pro-

cesos de secularización, se profundiza la preocupación por hacer llegar el catolicismo a la vida cotidiana y privada, reforzando en el imaginario y en la cultura la existencia de elementos del pensamiento católico, y resaltando el carácter católico de determinadas pautas morales e instituciones como la familia.

En este sentido, el ámbito familiar es un espacio privilegiado de internalización de las normas sociales y de la religiosidad, lo que implica que para preservar su carácter de actor político y social central, la Iglesia debía ser capaz de influir sobre este espacio. Esto significa que la pretensión de incidir en el ámbito privado es parte de una intencionalidad política de reforzar el lugar que ocupa la institución en la sociedad: desde la jerarquía se espera que una sociedad fuertemente católica respalde la autoridad de la Iglesia y contribuya a mantener el poder de la institución. Además, este interés no está presente sólo por parte de la jerarquía, sino que puede hacerse extensivo a otros sectores del clero: tanto quienes enfatizan desde posiciones más conservadoras la necesidad de mantener el orden y respetar dentro del mismo el papel de la Iglesia, como quienes promueven una participación política fundada en el catolicismo renovador, buscan reforzar la presencia católica, aunque lo hagan de diferentes modos, y enfatizando aspectos disímiles.

Así, las tensiones existentes dentro del clero católico, se encuentran condicionadas por el interés de los actores en expandir su influencia como portadores legítimos de bienes de salvación al conjunto de la sociedad (Bourdieu, 2009: 58), pero por sobre estas diferencias existe una base común, un interés compartido. La gran diferencia radica en las estrategias, vinculadas por un lado a las posiciones que los diversos sectores del clero ocupan dentro de este espacio de juego y por otro a las posibilidades de vincularse con otros actores sociales. Ahora bien, en las fuentes que enuncian el discurso de la cúpula eclesiástica pudimos apreciar determinados elementos que, consideramos, expresan este interés por una vida católica de la sociedad.

Para poder analizar los posicionamientos de la institución se recurrió al análisis del periódico *Los Principios* y del Boletín Oficial de Arzobispado de Córdoba. Como afirma Silvia Roitenburd, este diario constituyó un medio de difusión dogmática, que desde fines del siglo XIX – y hasta 1977– continuó con la tradición comenzada por el *Eco de Córdoba* (1862-1886) y *El Porvenir* (1886-1892). Los tres diarios mencionados fueron un elemento fundamental de la “estructura ideológica” de la Iglesia (Roitenburd, 2000: 36-37) y en el caso de *Los Principios*, existió un apoyo ideológico hacia los intereses de la institución; el periódico tuvo

una larga trayectoria en la defensa del pensamiento católico. Además, el diario se ligaba a la elite cordobesa tradicional, que tenía una fuerte impronta católica: sus directores durante el período en estudio fueron los hijos de Antonio Nores, fundador del periódico. En primer lugar estuvo a cargo de la dirección Enrique Nores Martínez, y luego su hermano, Rogelio Nores Martínez, quien fue no sólo interventor federal (1962-1963) sino también codirector del diario y miembro de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa. Esto también evidencia la estrecha conexión entre algunos miembros de la elite política cordobesa y la jerarquía eclesiástica. (TCACH, 1999: 70-72). En el diario se reproducían comunicaciones del Arzobispado, el Vaticano, y en las editoriales puede apreciarse la recurrente reivindicación del catolicismo, concebido como sustento moral e ideológico de la sociedad. *Los Principios* fue un diario de extendida circulación y, por lo tanto, eficaz en la promoción de la ideología católica, de allí su gran importancia: fue uno de los medios de comunicación de mayor difusión entre los laicos. El estudio de este periódico revela cómo, sistemáticamente, a través de las noticias, se intentó construir una visión de la realidad en la que se enfatizaron los elementos de la ideología católica.

Por otra parte, el análisis de las comunicaciones oficiales del Arzobispado de Córdoba nos muestra la voz pública y oficial de la Iglesia. Esto tiene un papel central si tomamos en cuenta la estructura vertical que posee la institución, en la cual se le da mayor validez a los comunicados de la jerarquía que a aquellos pertenecientes a otros sectores del clero;<sup>2</sup> estos documentos constituyen así la interpretación legítima, tanto del contexto social, político y económico, como de las directivas provenientes del Vaticano y de la Conferencia Episcopal Argentina. El Boletín Oficial aparece bimestralmente y reúne un conjunto de comunicados, entre estos encontramos muchas directivas sobre procedimientos, rituales, normas, que consideramos deben entenderse como un intento por mantener el control sobre las prácticas de los católicos. Debemos destacar aquí las comunicaciones de la Conferencia Episcopal Argentina – que muestran la importante

---

2 Al respecto, es clarificadora la siguiente descripción sobre el deber de predicación del Obispo: “Tarea del Obispo no es solamente atender personalmente al anuncio del Evangelio, sino también presidir todo el ministerio de la predicación en la diócesis, y vigilar sobre todo la integridad doctrinal de su rebaño y la observancia diligente de las normas canónicas en este ámbito.” Vaticano, Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos. “Apostolorum Successores”, [http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cbishops/documents/rc\\_con\\_cbishops\\_doc\\_20040222\\_apostolorum-successores\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cbishops/documents/rc_con_cbishops_doc_20040222_apostolorum-successores_sp.html). Fecha de consulta: 23/09/2011.

cercanía de la autoridad eclesiástica de Córdoba y la jerarquía nacional<sup>3</sup> y las *cartas pastorales* cuyo emisor es generalmente el Arzobispo (a veces se emiten pastorales colectivas, que incluyen a varios miembros de la jerarquía). Las pastorales, según el Vaticano, son uno de los principales medios de difusión de las *verdades católicas*, y deben tener una fluida circulación a fin de poder llegar a sus destinatarios:

El Obispo proponga la doctrina sirviéndose también de cartas pastorales y de mensajes con ocasión de circunstancias especiales para la vida diocesana, dirigidos a toda la comunidad cristiana, leídos oportunamente en las Iglesias y en centros pastorales, y distribuidos también por escrito capilarmente a los fieles<sup>4</sup>.

Debido a que eran escritas por motivos específicos como fechas dentro del calendario católico, fiestas patrias, acontecimientos importantes, temas de relevancia para la sociedad, etc., las cartas pastorales cumplían un rol central: marcan la postura oficial de la Iglesia (enfaticando su carácter de institución) y su interpretación. Como en el caso del diario *Los Principios*, es necesario tomar en cuenta a quién se dirigen estos enunciados: en este caso el objetivo no eran sólo los laicos en general sino también otros sectores del clero, por lo que este discurso marcaba el límite de las prácticas aceptables, estableciendo con claridad aquellas que quedaban por fuera de lo autorizado y prescribiendo conductas esperables o ideales. La difusión en este caso no fue tan amplia ni tan continua como la que permitía el periódico, pero no por ello era menos importante. En la medida en que se intentaban regular las prácticas del clero, organizando las conductas según rigurosos parámetros, se buscaba también influir indirectamente sobre los comportamientos de los laicos, a través de la mediación de los sacerdotes. Es decir, se intentó que los sacerdotes – que tienen una relación más cercana y cotidiana con los laicos – transmitieran correctas interpretaciones de la doctrina y fomentaran conductas y prácticas adecuadas.

Asimismo, hemos incorporado a nuestro análisis los documentos oficiales del Vaticano, como también los escritos producidos por el Epis-

---

3 En este período el Arzobispo de Córdoba, Monseñor Raúl Francisco Primatesta, formaba parte de la Comisión ejecutiva de la Conferencia Episcopal Argentina.

4 Vaticano, Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos. “Apostolorum Successores”, [http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cbishops/documents/rc\\_con\\_cbishops\\_doc\\_20040222\\_apostolorum-successores\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cbishops/documents/rc_con_cbishops_doc_20040222_apostolorum-successores_sp.html). Fecha de consulta: 23/09/2011.

copado Latinoamericano reunido en Medellín. El contraste y la comparación de estos textos con aquellos pertenecientes a la jerarquía nos permitió apreciar los elementos ideológicos que se busca resaltar en la interpretación oficial. Lo mismo vale para el caso de los comunicados de los sacerdotes tercermundistas, cuyos destinatarios son fundamentalmente los laicos, pero sin dejar de interpelar por ello a la jerarquía católica: el estudio de las fuentes producidas por el clero renovador, tomando como base las Encíclicas y documentos finales de Medellín, y en contraste con los documentos del Arzobispado, permitieron ver cómo estas interpretaciones no-oficiales buscan su legitimidad, para contrarrestar el hecho de ser emitidas por un sector disidente del clero, que se ubica en una posición desventajosa dentro del campo católico. Este discurso se opone explícitamente al de la jerarquía y lo cuestiona, pero sin negarlo en sus fundamentos: la crítica se plantea como una disidencia que intenta ser válida por apoyarse en las mismas fuentes que el discurso oficial.

## Sociedad y catolicismo

(...) debemos ante todo postrarnos delante de Dios para pedirle conserve la patria que nos dio y nos la haga crecer iluminando nuestra inteligencia, fortaleciendo nuestra voluntad, para encontrar y seguir el camino de justicia, de tranquilidad, de paz y de servicios a la humanidad: el camino que Él nos marcó cuando nos dió una tierra grande, generosa y abierta para que la sembráramos con la semilla fecunda de la buena voluntad en el servicio de auténtica convivencia humana<sup>5</sup>.

Así se expresaba Monseñor Primatesta, Arzobispo de Córdoba, en un mensaje en el día de la patria. Muchos de sus mensajes seguían esta línea, ya que el discurso de la jerarquía durante este período fue abundante en referencias a la base católica de la sociedad, como sustento fundamental de la misma: se sostenía sistemáticamente al catolicismo como fuente, como base de la construcción social. Se afirmaba que en nuestra sociedad se basaba en la conformación de una matriz católica, sin la cual no era posible pensar la nación. Este catolicismo reconocía raíces históricas profundas, una prolongada tradición que reforzaba aún más su centralidad; constituía un componente fundamental de la comunidad y le daba su cohesión, su identidad como tal. La identidad católica de la nación constituía así un tema recurrente en los mensajes del Arzobispo

---

5 *Boletín Oficial del Arzobispado de Córdoba*, 9 de julio de 1969, "Mensaje en el día de la patria".

[El Papa] Ha hablado al pueblo argentino. Ha hablado al pueblo de Córdoba. Para exigirme esa fidelidad a Cristo. El pueblo argentino, me decía, es un pueblo cristiano. Es un pueblo honesto y bueno. Es un pueblo trabajador.<sup>6</sup>

Dios quiere ayudarnos a construir la Patria, nuestra morada de la tierra camino hacia la del cielo (...) La virgen María es madre de la Iglesia, es madre de nuestra patria, que ella nos lleve a Cristo, nos lleve a Dios.<sup>7</sup>

Desde *Los Principios* se reforzaba la idea de que la identidad se definía a partir de vínculos primordialmente espirituales: una de las dos características que, según el periódico, eran constitutivas de los “habitantes de las naciones hispánicas” era la de *rezar el Padre Nuestro*, asimismo, la imagen de una identidad católica se reforzaba al diferenciar estas comunidades, afirmando que no eran equiparables a la sociedad de consumo capitalista ni a la “sociedad colectivista y marxista”. Así, la noción de sociedad cristiana se unía a la idea de Nación, destacando el vínculo entre la pertenencia a esta y al catolicismo. La postura de *Los Principios* destacaba no sólo el rol de la Iglesia, sino también el de la jerarquía:

Es indudable la gravitación de la Iglesia en la vida del país. Está vinculada a sus orígenes desde el momento que la obra civilizadora de España tuvo en ella un factor decisivo (...) Y esa vinculación no ha cesado de existir a través del tiempo porque su Jerarquía está presente en los acontecimientos decisivos de nuestra realidad cultural, social y económica.<sup>9</sup>

En las declaraciones del Arzobispo se resaltaba además el papel de la religión en la construcción de la sociedad ideal y el mantenimiento del orden (base de la construcción de la Nación). Se establecía una correspondencia entre un aspecto básico del cristianismo –la paz–, y lo necesario para construir el orden nacional ideal: la unión (cuya base es la paz). El corolario de esta postura fue la condena a la violencia, al destacar la paz como condición necesaria para la existencia de la Nación. Asimismo, la paz aparecía como un elemento constitutivo del orden ideal de Dios, por lo que la violencia no iba sólo en contra de la Nación, sino también

6 *Boletín Oficial del Arzobispado de Córdoba*, marzo de 1973 “Homilía del Señor Cardenal”, p. 17. El emisor de este texto es Raúl Francisco Primatesta, con motivo de su nombramiento como Cardenal.

7 *Boletín Oficial del Arzobispado de Córdoba*, junio de 1973, “Mensaje en la Procesión del Corpus”, p. 77.

8 *Los Principios*, 1 de julio de 1970, p. 14.

9 *Los Principios*, 14 de marzo de 1973, p. 10.



en contra de la doctrina católica. De este modo, se expresaba que Dios constituía el fundamento último de legitimidad, antes de existir la comunidad, existe Dios. Esto era compartido también por el clero renovador, en donde se resaltaba el carácter cristiano de la participación social.

Recalamos esta idea por dos razones. En primer lugar, porque las ideas de Nación y Patria son un punto crucial sobre el que enfatizaron tanto clérigos como militares, motivo por el cual la defensa de la patria y del catolicismo constituyó un elemento de legitimación mutua entre Iglesia y gobierno militar. Ambos sectores reforzaban su imagen como defensores legítimos de aquello a lo que postulaban como los más altos valores, por lo que la unión de ambas ideas conllevaba una comunión lógica de intereses. Es decir, si las Fuerzas Armadas se vieron a sí mismas como los más acérrimos defensores de la patria (por lo tanto protectores de la comunidad) y si la Iglesia Católica se concibió como portavoz de la voluntad divina, encargados de la defensa del cristianismo en la sociedad, entonces, la idea de la Nación Católica, en tanto comunidad imaginada que posee una base indiscutiblemente cristiana, fue el punto en el que confluían la misión eclesiástica y la castrense. En el discurso del presidente de facto Gral. Juan Carlos Onganía, seis meses luego del comienzo del gobierno militar, es clara esta imagen de las Fuerzas Armadas como defensores de la Nación, reconociendo la importancia de lo espiritual:

Esta Revolución no tiene plazos dados; tiene objetivos que cumplirá en el tiempo, entre ellos, fijar las bases sobre la cuales una auténtica comunidad nacional puede elaborar un programa de vida para alcanzar sus objetivos sin violencias físicas ni morales para nadie. Las Fuerzas Armadas, que nacieron con la patria, afianzaron la paz interior, aseguraron las fronteras y allanaron el camino del progreso en toda la extensión de nuestro vasto territorio, se encontraban marginadas del proceso institucional argentino... Su contribución es indispensable no solo para asegurar la defensa de la Nación y la inviolabilidad de sus fronteras sino también para determinar el progreso en todos los órdenes, inclusive en el espiritual<sup>10</sup>.

En segundo lugar, resaltamos esta idea de asociación entre Nación y catolicismo ya que, teniendo en cuenta el carácter vertical de la Iglesia, el hecho de que la sociedad fuera eminentemente cristiana (la centralidad

---

10 Archivo de Documentos Históricos educar [En línea], “Discurso del presidente de facto general Juan Carlos Onganía a seis meses del golpe de Estado de 1966, donde pronuncia la frase “esta Revolución no tiene plazos, tiene objetivos”, 1966. URL: [http://bibliotecaescolar.educ.ar/sites/default/files/VII\\_17.pdf](http://bibliotecaescolar.educ.ar/sites/default/files/VII_17.pdf), Fecha de consulta, 07/01/2012.

de este componente identitario), implicaba que los miembros de la jerarquía eclesiástica tuviesen un papel protagónico y fueran los intérpretes más legítimos del mensaje cristiano. Asimismo, estos agentes intentaron reforzar su posición a partir de la tradición católica de la sociedad.

Por otra parte, era frecuente en los discursos la defensa contra lo que se consideraba el peligro de olvidar esta herencia fundamental que era el catolicismo y aún más el cristianismo, la necesidad de volver siempre “a las raíces”, asociando la idea de crisis a la de “pérdida de rumbo”, por olvidar la base cristiana de la sociedad y la voluntad divina.

Este modelo se reforzó discursivamente con la reafirmación de un “nosotros” mediante el cual la Iglesia se identificaba con el conjunto de la sociedad católica. Este “nosotros” se resaltaba en sus aspectos positivos, homologándose a un proyecto que aparecía como algo anhelado, como el fin al que era necesario aspirar. Este “nosotros” contrastaba con la construcción de un “ellos”, identificado con el “enemigo”. Y si el “nosotros” definía todo aquello considerado positivo, lo que se debía conservar, el “ellos” representaba el polo opuesto: se lo asimilaba a todas aquellas características negativas que constituían una amenaza, concreta o potencial, para la sociedad<sup>11</sup>. Estas construcciones discursivas, creemos, buscaban fomentar un sentido de identidad entre la sociedad, los católicos, la Iglesia, y el gobierno (con las Fuerzas Armadas cumpliendo su papel de autoridades encargadas de mantener el orden) y reforzar la idea de pertenencia.

Frente a los avances secularizadores y modernizadores del siglo XX, la Iglesia planteó la necesidad de recuperar y resguardar el lugar del catolicismo en la sociedad. El objetivo de seguir manteniendo al catolicismo como principio organizador del cuerpo social, estuvo en la base de los constantes reclamos que tenían como centro a las prácticas religiosas de los fieles y al modo en que estos interiorizaban los preceptos de la Iglesia. En este sentido, los mensajes arzobispales hicieron frecuentes alusiones a las conductas, tanto del clero como del laicado, acompañadas de argumentaciones que tenían por objetivo explicitar sus bases morales. Las opiniones también se expresaron en sentido negativo, al emitirse fuertes críticas sobre aquellos comportamientos y costumbres que se consideraba no estaban basados en una moral católica; dichas críticas se acompañaban generalmente por explicaciones sobre las consecuencias que acarrear los comportamientos no deseados y por los fundamentos morales de su rechazo.

---

11 Cabe destacar que la idea del enemigo es más visible en *Los Principios*, mientras que en los documentos oficiales (cartas pastorales, por ejemplo) está presente de modo implícito.

El pecado es una realidad concreta y cercana (...) En una u otra medida, por nuestra propia decisión y voluntad, esa triste realidad ha entrado en cada uno de nosotros y en nuestra comunidad (...) Pensemos en los pecados contra la verdad y la veracidad: mentira en las relaciones humanas más variadas, en el trato comercial, en la actividad profesional (...) Las cosas no son mejores si nos referimos al ámbito de la vida y de las fuentes de la vida: asesinatos, abortos, drogas, borracheras, impureza, prostitución, perversión sexual, infidelidad matrimonial y abuso del matrimonio, divorcio y concubinato, anticonceptivos, masturbación, escándalos, relaciones prematrimoniales, indecencia, falta de pudor, sensualidad exhibicionista.

Todos estos pecados pueden parecer de poca monta a quien los cometa o incluso, en razón de su más directa referencia al orden de la intimidad personal, ser minimizados o relegados (...) Pero ¿quién deja de ver que todo esto va constituyendo una situación general de pecado, un clima de inmoralidad y deshonestidad que nos envuelve por todas partes? Lo más grave es que se va debilitando en la comunidad el sentido moral (...)"<sup>12</sup>

La crítica a los comportamientos “desviados” era lapidaria: la falta de cumplimiento de los preceptos católicos, las conductas vinculadas a la modernidad o incluso las prácticas religiosas más libres eran condenadas. Aún en el ámbito cotidiano y privado de los fieles, estos “pecados” eran denunciados como causantes de problemas graves en la comunidad. Frente al diagnóstico de crisis, surgida del abandono de los valores cristianos como principio rector, el discurso de la jerarquía eclesial cordobesa adquiría un carácter moral y prescriptivo en el que se planteaba la necesidad de una vida “auténticamente cristiana”<sup>13</sup>. Por otra parte, la frecuencia de este tipo de mensajes despertaba interrogantes acerca del modo en que los fieles reinterpretaban el catolicismo y de los significados que adquirirían algunas prácticas religiosas. En este sentido, como ha señalado José Zanca, el mito de la nación católica se había debilitado para fines de los años '50, con la constatación de que la “identidad” católica en realidad no tenía la fuerza que se le atribuía (Zanca, 2012: 123). Las comunicaciones oficiales también enfatizaban este diagnóstico negativo acerca de la importancia del catolicismo para los fieles, a través de la insistencia sobre la necesidad de llevar el catolicismo a la vida privada y cotidiana.

12 *Boletín Oficial del Arzobispado de Córdoba*, febrero de 1972. “Reflexiones para la santa Cuaresma. Carta Pastoral”, p. 89.

13 *Boletín Oficial del Arzobispado de Córdoba*, junio de 1973, “Mensaje en la Procesión del Corpus”, p. 76.

(...) los sacramentos no son medio de unión con Dios que suplan la fe, sino que la suponen y la expresan (...) Si se nos preguntara, que es lo que hace que alguien sea cristiano, que es lo que distingue a un cristiano de uno que no lo es, algunos responderían: “el bautismo”, otros agregarían: “los que van a misa los domingos”, los que “cumplen” por Pascua, los que “están casados por la iglesia”... Sin embargo, se oye a veces decir: “sí, fulano va a misa los domingos, pero de cristiano no tiene nada”. Incluso de algún sacerdote se puede oír ese modo de hablar<sup>14</sup>.

A diferencia de lo que ocurrió con la relación entre la Iglesia y el gobierno en otros momentos, como en el caso de la relación Iglesia-peronismo trabajado por Susana Bianchi<sup>15</sup>, el vínculo entre Iglesia y Fuerzas Armadas entre 1969 y 1973 fue armónico y de legitimación, entre otras razones, porque ambas instituciones se concebían a sí mismas como defensoras de la Nación y respetaron mutuamente sus ámbitos de acción. El gobierno militar no incidió sobre espacios que la Iglesia consideraba “de su exclusiva competencia”: no hubo intromisión en el ámbito educativo ni en la familia, no se tomaban medidas que afectasen negativamente a la Iglesia. Uno de los ejemplos más claros al respecto fue la postura del gobierno en lo relativo a la planificación familiar: a partir del surgimiento de nuevos métodos anticonceptivos<sup>16</sup>, se generó un importante debate. El Papa, a través de la encíclica *Humanae Vitae*, estableció el rechazo de la Iglesia Católica hacia el control de la natalidad, posteriormente el Episcopado dio a conocer su adhesión (Felitti, 2007). En consonancia con la postura eclesial, el gobierno sostenía una posición contraria a la planificación familiar, argumentando que una población extensa contribuía a la Seguridad Nacional, por lo que era necesario fomentar la familia numerosa (Torrado, 2000: 156). Pons destaca igualmente el férreo control sobre la moralidad (2005: 8) a partir del gobierno de Gustavo Martínez Zuviría, a través de la posibilidad de allanamientos sin previa orden judicial a fin de comprobar el cumplimiento de las ordenanzas en cuanto a higiene, moral y seguridad. También se permitía reprimir

---

14 *Boletín Oficial del Arzobispado de Córdoba*, junio de 1970. “Esquemas de predicación sobre el bautismo”, p. 33.

15 La Iglesia tuvo una relación conflictiva con el gobierno durante la primera presidencia de Juan Domingo Perón (a pesar de que en los primeros años de gobierno peronista el vínculo entre ambos había sido armónico). Los problemas comenzaron a manifestarse a raíz de medidas como el divorcio y la supresión de la enseñanza religiosa. Cfr. Bianchi, 1994.

16 Especialmente la píldora anticonceptiva y el Dispositivo Intrauterino, que por primera vez daban a las mujeres un importante poder de decisión sobre la natalidad.

los espectáculos, publicaciones o gráficos obscenos y posteriormente se prohibirían los “pálpitos” de turf y horóscopos por ser dañinos a la moral (Pons, 2005: 7-9). El siguiente discurso del General Juan Carlos Onganía también resulta ilustrativo de la preocupación por la moral, en consonancia con la postura sostenida por la jerarquía

Si persistimos en ignorar la crisis de valores de la humanidad, si creemos que la violencia, la sensualidad, la destrucción de la familia y el asesinato constituyen el precio de ser libres, debemos aceptar al menos que esta no fue la libertad de mayo, por la cual pelearon en América los padres de la patria. Este es el grave panorama de nuestros días<sup>17</sup>.

El comportamiento del clero tuvo un lugar importante dentro de las preocupaciones de la jerarquía, que se encargó de explicitar en sus comunicaciones el rol correspondiente a un sacerdote como miembro de la Iglesia y como cristiano, las prácticas aceptables y aquellas que no lo eran<sup>18</sup>. Así, se intentaba constantemente establecer un ordenamiento, explicitando las formas de organización vigentes en la Iglesia y recurriendo al principio de autoridad al recordar que las directivas que controlaban el accionar de los sacerdotes provenían del mismo Vaticano. La intención en este discurso era, claro está, la regulación de las prácticas de los sacerdotes, a fin de hacer más efectiva la difusión de la ideología y prácticas católicas en la comunidad, ya que el conjunto del clero, en virtud de sus funciones, tiene una relación más cercana y fluida con los laicos que la jerarquía. En la medida en que el sacerdote era por excelencia el miembro de la sociedad con la capacidad de actuar como guía, en virtud de su pertenencia institucional, cargaba con la responsabilidad de acatar las normas impartidas por la autoridad.

Antes de continuar, es necesario destacar que la postura acerca del rol del sacerdote remarcada por el discurso de la jerarquía se fundaba en el interés de la jerarquía por disciplinar al clero y marcar un camino correcto. Pero en este período y especialmente luego del Concilio y Medellín, este objetivo adquirió nuevos matices: las interpretaciones y los sentidos que tuvo el Concilio para un sector del clero, se constituyeron en fuente de tensiones internas dentro del campo católico. Como afirma

---

17 Discurso de Onganía el día posterior al asesinato de Aramburu. En Rizzi, Analía Dilma [En línea], “Enemigo al acecho. La construcción del contradestinatario en el discurso de los presidentes militares (1930-1982)” Disponible en internet. URL <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/rizzi.pdf>. Fecha de consulta 7/1/2012.

18 *Boletín Oficial del Arzobispado de Córdoba*, noviembre de 1969, junio de 1970.

Gustavo Morello, el proceso de radicalización del catolicismo, marcado por el surgimiento de grupos renovadores —que entran en conflicto con las jerarquías, reclamándoles la adopción de las ideas del Concilio— “produce el quiebre de una Iglesia monolítica en su postura política” (Morello, 2008: 116). Así, gran parte del discurso y el accionar de la cúpula estuvo condicionado por la presencia de este agente. En este sentido, el surgimiento del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo significó una nueva forma de practicar el catolicismo por parte del clero, y esto tuvo un impacto fundamental en las posturas de la Iglesia. A este respecto, Touris ha señalado que “la paradoja en la que quedaría atrapado el Episcopado Argentino, históricamente fiel a los designios de la Santa Sede, fue que era esta misma la que le exigía acatar los cambios que introducía el Concilio” (2012: 150).

El clero renovador logró una participación popular importante y una relación más estrecha con los laicos. En las parroquias se llevaban a cabo múltiples actividades: en la de Villa el Libertador, los vecinos se organizaron para realizar demandas en relación con el problema del agua, que afectaba a 50 barrios de la ciudad. Del mismo modo, las acciones emprendidas para resolver el problema de la vivienda, que reunieron a militantes y vecinos, favorecieron la concientización de la comunidad (Closa, 2001: 84-85) y la creación de lazos de solidaridad y compromiso: muchos curas se quedaron a vivir en el barrio de su parroquia (Gordillo, 1996). Se organizaban cooperativas de trabajo, actividades para el cuidado del barrio, reuniones, charlas y debates en los que participaban, además de militantes y vecinos, muchos estudiantes universitarios.

Así, mediante actividades políticas, comunitarias, barriales, el clero renovador lograba una participación que no se encuadraba en los rígidos marcos impuestos por la jerarquía. En consonancia con los cambios operados a partir del Concilio, los sacerdotes renovaron las formas de participación cristiana acercándola al laicado, sobre todo en los sectores populares. El sacerdote Erio Vaudagna de la parroquia de barrio Los Plátanos sostenía (en una entrevista realizada en 1997, en la que recuerda su experiencia como sacerdote tercermundista):

Muchos se asustaron porque vieron que era otra Iglesia. Pero nos llegó mucha gente no creyente, agnósticos, o estudiantes desilusionados de la antigua Iglesia, militantes de izquierda. Nos abandonaron muchos cristianos tradicionales y hubo afluencia de nuevos cristianos, que eran menos pero más auténticos (...) En un primer momento iban los sectores más tradicionales del barrio pero cuando nuestra prédica

se hizo cada vez más nítida, muchos cristianos tradicionales dejaron de asistir. “Estos curitas están haciendo política” decían y por eso se fueron. Llegaba mucha gente desde el centro para asistir a nuestras misas: universitarios, dirigentes obreros que pedían nuestra capilla para hacer reuniones (Etkin, 2012)

Otro punto importante en este sentido, es la resignificación de la Iglesia como espacio de concurrencia. En efecto, en un momento histórico marcado por el autoritarismo, –que implicaba entre otras cosas la supresión de la actividad política partidaria y parlamentaria–, pero que también se caracterizó por un fuerte desarrollo de la actividad sindical y estudiantil, las parroquias se convirtieron en un espacio de sociabilidad muy importante. Los sacerdotes que adscribían a la corriente renovadora se tornaron actores fundamentales, ya que promovieron esta resignificación del espacio de la parroquia –no como mero lugar físico, sino como punto de reunión, cargado de un significado simbólico– y fomentaron las nuevas formas de participación católica.

Estos sacerdotes llevaron a cabo una práctica católica que implicó nuevas formas de entender el catolicismo, llevadas a la práctica en las actividades parroquiales, barriales y de compromiso político desarrolladas por los sacerdotes, con un carácter explícitamente político. Si bien esto no significaba una ruptura profunda en el plano de las ideas, sí marcó un quiebre en relación al verticalismo que caracteriza las prácticas de la Iglesia (desafiando de hecho el poder de la jerarquía), por lo cual se ubicó en los límites de lo aceptado por la institución: estos sectores del clero propusieron nuevas interpretaciones de lo que debía ser el catolicismo. En este sentido, es imprescindible resaltar que los conflictos político-sociales que caracterizaron al período atravesaron dichas prácticas. Recordando lo sostenido por Gordillo, el Cordobazo de 1969 marcó un punto de inflexión: se pasó de la resistencia a la confrontación (2003), y ante este nuevo estado de movilización de los sectores populares, el sector renovador del clero tomó posición, apoyando a los actores que cuestionaban al gobierno<sup>19</sup>, mientras que la jerarquía fue más crítica hacia la movilización y radicalización popular. La crítica del clero renovador estuvo dirigida fundamentalmente hacia las prácticas concretas de la Iglesia como institución y del clero católico como actor social y político:

---

19 *Cristianismo y Revolución*, N° 18, julio de 1969. “Sacerdotes para el Tercer Mundo”, p. 2.

[El pesebre] era una acusación directa. En el barrio los obreros estaban como esclavos, las huelgas eran traicionadas y la Iglesia funcionaba servilmente. Nosotros no queríamos este tipo de Iglesia. En aquel tiempo yo estaba en el centro vecinal participando de las reuniones para conseguir agua potable, ya que la del barrio tenía arsénico. El hecho de ser cura no implica que tengas que estar ocioso todo el tiempo, hay que trabajar y yo lo veía necesario... No hay otra forma de ser cristiano que no sea social (Etkin, 2012).

El compromiso de los verdaderos cristianos consistía involucrarse con la realidad social y política, tomando acciones frente a los problemas de los oprimidos. La revista *Cristianismo y Revolución*, mostraba las manifestaciones de apoyo a las luchas estudiantiles y obreras, a los reclamos de los habitantes de las villas de emergencia e incluso a las luchas sociales en países del “Tercer Mundo”. La participación se definió y explicó desde su carácter cristiano, no pudiendo ser interpretada como algo deslindado del compromiso adquirido en tanto sacerdote. Los discursos utilizados, las representaciones, los argumentos, involucraron siempre una dimensión religiosa, por lo tanto no podemos soslayar o minimizar el hecho de que estos agentes políticos construyen su participación desde el ámbito religioso. Los sacerdotes fueron agentes políticos, que actuaron dentro del campo político, pero definidos por su carácter de católicos (Bourdieu, 2009). Por este motivo, su accionar político es un accionar cristiano, que implicaba tomar posición y actuar frente a los problemas sociales

El objetivo de actuar como un *verdadero cristiano* legitimaba la falta de apego a las directivas de la jerarquía, y con frecuencia, era un argumento utilizado para criticar a la cúpula eclesiástica –la cual no cumplía su misión sacerdotal al estar vinculada con “los dictadores y la oligarquía”<sup>20</sup>. Desde la perspectiva del cristianismo renovador, el compromiso con la realidad social es parte de la práctica religiosa, por lo que la jerarquía debería tomar posición oponiéndose al gobierno, en conflictos sociales y políticos, el no hacerlo es tomado como un signo de complicidad.

Asimismo, se cuestionaron determinados modos de practicar el catolicismo. El ejemplo más claro es la encendida oposición a la iniciativa (promovida por el general Juan Carlos Onganía) de consagrar la Nación al Inmaculado Corazón de María: el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo cuestionó el “uso de la religión como estupefaciente” y afirmaba que “Dios rehúsa nuestros actos religiosos si falta en nuestra

---

20 *Cristianismo y Revolución*, N° 15, abril de 1969. “Iglesia y Educación Liberadora”, p. 11.



vida la justicia y la fraternidad”<sup>21</sup>. Los cuestionamientos se dirigían fundamentalmente contra una práctica religiosa que se consideraba vacía de contenido, constituían además una crítica hacia un gobierno autoritario, que no impulsaba el desarrollo y la justicia, motivo por el cual era incapaz de promover actos religiosos que fuesen relevantes. En contraparte, la jerarquía nacional brindó un gran apoyo a esta iniciativa de Juan Carlos Onganía, mientras que el Arzobispado de Córdoba tomó distancia con respecto a la misma. El día de la consagración de la Nación al Inmaculado Corazón de María, en la Catedral cordobesa se realizó una misa, pero desde el vicariato se aclaraba que esta no tenía relación con el acto nacional, sino que correspondía a una celebración de la Colectividad Árabe de Córdoba, que festejó las bodas de oro de la Iglesia Católica Melquita de San Jorge<sup>22</sup>. El clero renovador afirmó que rescataba un “verdadero”, “auténtico” catolicismo – el promovido por el Concilio y por el encuentro de Medellín–, ya que lo devolvían a su base primigenia, acercándolo así al “pueblo”, a los oprimidos y cumpliendo por esta vía con la misión de Cristo.

Como mencionamos anteriormente, la jerarquía tomó una postura crítica hacia el clero renovador y hacia las nuevas formas de participación católica. Se afirmaba que el sacerdote era el encargado de llevar a los miembros de la comunidad por el camino correcto, asegurando que los fieles viviesen conforme a las normas del catolicismo y evitando que cayeran en incorrectas o imprecisas interpretaciones de la doctrina – lo cual, si bien no era nuevo, en este momento cobró gran importancia, ya que estas “interpretaciones imprecisas” llevaron a un sector del clero a radicalizarse-. En una declaración del Episcopado sobre la situación nacional de 1972 que remarcaba el rol de los sacerdotes como “Padres y Pastores” que acompañan a los laicos, se sostenía la importancia de no inmiscuirse en la política. Se aclaraba que “al sacerdote no le corresponde ser líder en el campo político. Su misión es religiosa. Desde su propia misión puede hacer mucho más para instaurar un orden secular más justo (...).”<sup>23</sup>. Incluso se afirmaba que en realidad algunos miembros del clero tercermundista incurrieran en una falla que derivaba de su falta de voca-

---

21 *Cristianismo y Revolución*, N° 22, enero de 1970. “Sacerdotes para el Tercer Mundo. ¿Qué va a consagrar el presidente a Luján?”, p. 13.

22 *Los Principios*, 4 de diciembre de 1969, p. 13.

23 *Boletín Oficial del Arzobispado de Córdoba*, octubre de 1972. “Declaración sobre la situación nacional”, p. 170.

ción por el sacerdocio<sup>24</sup>.

Por otra parte, es pertinente destacar que la disputa dentro del campo católico se trasladó al ámbito de las ideas, adquiriendo la forma de una puja entre interpretaciones de la doctrina. La jerarquía sostuvo que la renovación propuesta por el Concilio tenía una interpretación correcta que no debía ser tergiversada. En este sentido se cuestionaba el hecho de que la atención del clero renovador se había centrado excesivamente en las encíclicas vinculadas a los problemas sociales, y esto generó que se dejasen de lado otros documentos fundamentales (como *Lumen Gentium* y *Dei Verbum*). La crítica hacia las interpretaciones “excesivamente libres” y que partían de la individualidad, se vinculaba al problema de que el clero renovador no respetaba a las voces autorizadas para decir qué debía entenderse en los documentos. Esto llevaba a que se desvirtuara el mensaje del Concilio, y el evangélico en general, e impedía una correcta difusión de la doctrina en la sociedad. El problema planteado no era la falta de participación y el alejamiento de los preceptos dictados por la Iglesia: más que un desinterés de la sociedad y especialmente de los sectores populares, lo que preocupó a la jerarquía fueron los nuevos modos de participación, que se volvían indiferentes o incluso críticos hacia ella. Como ha señalado Zanca, en relación a la situación de la jerarquía: “los unía la común sensación de estar asediados, a partir del Concilio, sin poder respaldarse cómodamente en la autoridad romana” (2006: 160-161).

## Conclusión

Entre 1969 y 1973 la Iglesia católica se hallaba en un momento de profundas tensiones, en un contexto marcado por el autoritarismo, la radicalización y la violencia política. Las respuestas que desde el sector dominante del clero se dieron a esta situación, se basaron en intentos de disciplinamiento hacia el clero renovador y en una relación de legitimación mutua con el gobierno de facto de la Revolución Argentina.

En este marco, cobró relevancia el problema de la relación de la sociedad con el catolicismo: el diagnóstico de crisis fue remarcado por el discurso eclesástico y acompañado por una insistente prédica a favor del retorno de la sociedad a su base moral. Pero esto conllevaba no sólo un

---

24 *Boletín Oficial del Arzobispado de Córdoba*, abril de 1970. “La Iglesia en Argentina y su situación. Síntesis de la conferencia pronunciada por el señor arzobispo monseñor Raúl Francisco Primatesta en el liceo militar de Córdoba, el 13 de abril de 1970”, p. 22.

cuestionamiento al avance de la modernidad y la secularización, manifestado en la condena de las conductas que no eran propias de un buen católico, sino que además tuvo como consecuencia un interés por encauzar la participación católica en las parroquias y limitar las prácticas que, bajo la influencia de la renovación conciliar, resignificaban la práctica religiosa. La diversidad de formas de apropiación del catolicismo por parte de los laicos, sus prácticas religiosas y su relación con el clero también fueron una de las preocupaciones centrales de la jerarquía cordobesa. En este debate entre el “auténtico catolicismo” o el “correcto catolicismo” entraba en disputa la legitimidad misma de la autoridad eclesiástica, cuestionada por sectores del clero que basaban su accionar en las directivas del Vaticano.

## Bibliografía

- Moyano, Sara “Catolicismo y sociedad en Córdoba 1969-1973” *Estudios Avanzados* 21 (Santiago, jun. 2014): n° de página: desde – hasta
- Bianchi, Susana “Catolicismo y peronismo: la religión como campo de conflicto (Argentina, 1945-1955)”, en *Boletín Americanista*, N° 44 (Barcelona, 1994): 25-37. [on line] URL: <http://www.raco.cat/index.php/boletinamericanista/article/viewFile/98603/146200>; ISSN: 0520-4100, consultado 12/10/2011
- Bourdieu, Pierre. *Intelectuales, Política y Poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2009.
- Closa, Gabriela. “Las prácticas del peronismo de Córdoba, 1971-1973 y las tensiones en su identidad política”, en Gordillo, Mónica (editora) *Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa. Una aproximación a la cultura política de los '70*. Córdoba, Ferreyra Editor, 2001: 71-95.
- Etkin, María Eugenia. “El pesebre rebelde”, En: *Política, Cultura y Sociedad en Los '70*, N° 6, Editorial Cinco Continentes, 2012. Extraído de Internet. URL: <http://www.los70.org.ar/n06/pesebre.htm>. Fecha de consulta: 07/01/2012.
- Felitti, Karina. “La Iglesia Católica y el control de la natalidad en tiempos del Concilio: la recepción de la encíclica Humanae Vitae (1968) en Argentina”, en *Anuario IEHS*, N°22 (Buenos Aires, 2007): 345-367.
- Gordillo, Mónica. *Córdoba en los '60: la experiencia del sindicalismo combativo*. Córdoba, Dirección de Publicaciones de la UNC, 1996.

- 
- \_\_\_\_\_ . “Protesta, Rebelión y Movilización: De la resistencia a la lucha armada, 1955-1973”, en James, Daniel (director), *Nueva Historia Argentina, Tomo IX. Violencia, Proscripción y Autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires, Sudamericana, 2003: 329-380.
- Morello, Gustavo. «El Concilio Vaticano II y la radicalización de los católicos», en Lida, Clara E; Crespo; Horacio, Yankelevich, Pablo (comp.). *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, 2008: 111-130.
- Pons, Emilse “El Onganiato Cordobés: de Martínez Zuviría a Ferrer Deheza(1966-1967)”, Documento de Trabajo N° 8, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, 2005.
- Roitenburd, Silvia. *Nacionalismo católico. Córdoba (1862-1943). Educación en los dogmas para un proyecto global restrictivo*. Córdoba, Ferreyra Editor, 2000.
- Tcach, César. “La experiencia Nores Martínez: Entre la Córdoba de las campanas y la ciudad obrera”, En *Estudios Sociales, Año IX, N°17 (Santa Fe, 1999): 69-89*.
- Torrado, Susana. *Historia de la familia en la Argentina Moderna 1870-2000*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2000.
- Moyano, Sara “Catolicismo y sociedad en Córdoba 1969-1973” *Estudios Avanzados 21 (Santiago, jun. 2014): n° de página: desde – hasta*
- Touris, Claudia (2012), “Conflictos intraeclesiales en la Iglesia argentina posconciliar (1964-1969)” en Touris, Claudia y Ceva, Mariela, *Los avatares de la “nación católica”. Cambios y permanencias en el campo religioso de la Argentina contemporánea*. Buenos Aires, Biblos, 2012: 147-179.
- Zanca, José. *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad 1955-1966*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- \_\_\_\_\_ (2012), “La nación católica en perspectiva. El humanismo cristiano y la secularización interna del catolicismo argentino”, en Touris, Claudia y Ceva, Mariela, *Los avatares de la “nación católica”. Cambios y permanencias en el campo religioso de la Argentina contemporánea*. Buenos Aires, Biblos, 2012: 111-127

\*\*\*

RECIBIDO: 5-03-2013 • ACEPTADO: 25-03-2013.

Datos del autor: Sara Alejandra Moyano es profesora y Licenciada en Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (Córdoba, República Argentina). Becaria de postgrado Tipo I-CONICET. Correo electrónico: sara\_hcs@hotmail.com